

## Sólo unos Traguitos

-JORGE Margan, Mr. Wilson quiere hablar Con Ud. y lo espera en su oficina -anunció la secretaria.

-¡Mr. Wilson quiere hablar contigo! ¿Debemos felicitarte o darte el pésame?

-¿Has cometido alguna fechoría, robado acciones de la firma o forzado la caja fuerte?

-¿Qué vas a contestarle si te ofrece la vicepresidencia de la compañía y la mano de su hija?

-Aceptaré la vicepresidencia y, por amor a Nancy, rechazaré la mano de su hija -bromeó Jorge, y luego, poniéndose serio añadió:- Me pregunto qué me querrá decir Mr. Wilson ...

-¡Valor, muchacho! Te espera algo grande... o muy bueno " o muy malo. Prepara el ánimo para cualquiera de las dos posibilidades.

No eran absurdos los comentarios de sus compañeros de trabajo, porque Mr. Wilson, presidente de la poderosa firma Wilson y Cía. Ltda., era un ser casi mitológico para los empleados de menor jerarquía. Lo consideraban con justa razón un hombre excepcional, de incansable actividad, ocupado en múltiples empresas y negocios, y con éxito positivo en todos ellos. Naturalmente, no tenía tiempo ni ocasión para relacionarse con sus numerosos empleados, y por eso lo juzgaban poco menos que inaccesible. Sin embargo parecía estar siempre al tanto de todo lo que ocurría y se realizaba al amparo de esa magna firma Wilson y Cía. Ltda., y nadie debía acariciar la ilusión de que podría cometer la menor infracción a la disciplina y los estatutos de la compañía sin que Mr. Wilson se enterase. Pero -y aquí la razón del inmenso respeto que les merecía-tampoco ignoraba los aciertos, la fidelidad, la diligencia y el interés que el menor y al parecer más anónimo de sus empleados revelaba en su trabajo.

Mientras Jorge dirigía sus pasos hacia la oficina del potentado, iba haciendo un rápido y reconcentrado examen de conciencia. . . No, no creía haber cometido el menor desliz. . . Al contrario, estaba seguro de haberse desempeñado concienzuda y eficientemente en sus responsabilidades. No podía ser de otra manera: le gustaba su trabajo y tenía genuino interés en el progreso de la casa, con la cual se sentía identificado. Al llegar delante de la puerta donde se leía "H. D. Wilson, Presidente", enderezó los hombros y entró resueltamente.

Mr. Wilson levantó la vista de los papeles que estaba revisando con intenso interés, se reclinó cómodamente en el respaldo del sillón y miró de frente al hermoso joven que se había detenido ante su escritorio. A Jorge le llamó poderosamente la atención la mirada de esos ojos que brillaban con la luz de una inteligencia nada común, ojos que parecían penetrar hasta los repliegues más recónditos del espíritu. Era natural que un triunfador como el imponente caballero que tenía delante no perdiera tiempo en preámbulos...

Mr. Wilson lo ametralló con varias preguntas inesperadas, dirigidas una tras otra con tal rapidez que apenas permitían respirar, y que el joven contestó sin vacilación, en forma concisa y segura, lo cual evidentemente satisfizo al magnate de los negocios. De pronto, una sonrisa franca y amistosa transformó la fisonomía -hasta entonces como tallada en granito-del Sr. Wilson mientras él explicaba al joven que había querido tener el gusto de comunicarle personalmente una decisión del directorio. En atención a sus buenos servicios y aptitudes, había resuelto conferirle un cargo de mayor responsabilidad, etc., etc. El nuevo cargo y los etcéteras significaban un notable ascenso y un apreciable aumento de sueldo... Jorge Margan quedó tan emocionado que balbuceó su agradecimiento con frases entrecortadas, bien reñidas con la retórica. Mr. Wilson rió semi divertido ante la confusión del joven y, al darle un vigoroso apretón de manos, pronunció unas palabras que eran toda una promesa y una amonestación a la vez:

-Amigo Margan, ha entrado Ud. por el camino del triunfo; no se desvíe de él.

Entró como una tromba en la oficina que compartía con sus dos amigos. Tenía el rostro tan radiante que éstos no necesitaron preguntar para saber que la entrevista había sido venturosa. Cuando les comunicó la noticia, lo felicitaron con sinceras y ruidosas demostraciones de alegría. Alberto dijo:

-Esto tenemos que festejarlo. Ya es la hora de salida: antes de separarnos, vayamos al bar de enfrente y bebamos una copa en tu honor.

-Tú sabes, Alberto, que yo no bebo -le contestó Jorge-, y que la ética de la Compañía es rigurosa en este sentido: no quiere que sus empleados beban.

-Claro, porque saben que muchísimas personas no ejercen el dominio propio necesario para mantenerse de este lado de la línea. Yo bebo con estricta moderación. No seas puritano: sólo unos traguitos.

-Pues yo, no bebo ni siquiera unos traguitos; pero tendré el mayor gusto de festejar tu ascenso con una naranjada -manifestó Enrique sonriendo.

-Ah, tú eres Enrique el incorruptible -dijo Alberto en tono de chanza- Vamos. Los tres amigos se dirigieron al bar. -Whisky para dos -ordenó Alberto.

Enrique pidió una naranjada. .. Los tres estaban muy alegres y charlaron un rato animadamente. Alberto vació su vaso y lo volvió a llenar. Jorge hizo lo mismo.

-¡Eh, no pases la línea! Yo soy veterano. .. A ti te basta y sobra con una copa.

Quizá porque le pareció que esta broma hería su amor propio o porque el feliz acontecimiento lo había excitado hasta el punto de perturbar el equilibrio entre sus impulsos, su raciocinio y su voluntad, o porque el licor le resultó sumamente agradable al paladar, lo cierto es que Jorge Margan bebió a la par de su amigo. Enrique lo contemplaba en silencio, en un silencio cargado de pena y desaprobación.

Al separarse los tres, Jorge subió en su auto y se dirigió presurosamente a casa de Nancy Evans. Estaba más que alegre... y ansioso de llegar pronto para darle la grata noticia. Gozaba anticipadamente el placer de ver cómo se animaría el lindo rostro y brillarían de entusiasmo los grandes ojos azules. No es de extrañar que apretara cada vez con más fuerza el acelerador sin darse cuenta de que marchaba a una velocidad muy superior a la reglamentaria. Ya faltaban pocos metros para llegar... sólo doblar una esquina...

En esa calle, a mitad de cuadra estaba la casa de Nancy.

.. Precisamente por esa calle y en sentido opuesto venía otro auto... Distráido con sus venturosos pensamientos, Jorge olvidó que a él le correspondía detenerse en la bocacalle. .. Se oyó un áspero rechinar de frenos y el ruido característico de un viraje brusco.

... Nancy se asomó a la ventana del segundo piso y la ansiedad se pintó en su rostro juvenil al identificar uno de los dos coches que tenían sus parachoques peligrosamente trabados, y reconocer la alta y gallarda figura del joven que junto a un caballero de edad examinaba cuidadosamente la posición y estado de los vehículos. Respiró aliviada cuando vio que los dos sonreían amistosamente, subían a sus respectivos coches y maniobraban con pericia y precaución para separarlos. Nancy cerró la ventana y bajó corriendo las escaleras, mientras Jorge detenía su coche frente a la casa y hacía sonar escandalosamente la bocina. Los dos se encontraron en el portón.

-¿Qué sucedió, querido? Apenas te has librado de un accidente...

-Efectivamente. Fue culpa mía, tesoro; corrí más ligero de la cuenta porque estaba tan, tan ansioso de llegar para darte una noticia formidable. .. Entremos -le dijo rodeando con su brazo la esbelta cintura.

-Sucede que Mr. Wilson me hizo llamar a su oficina -empezó, y con lujo de detalles le contó el desarrollo, motivo y final de la entrevista.

A medida que avanzaba el relato, se iba animando el expresivo rostro de la joven, y al final palmoteó con júbilo infantil. Luego, poniéndose seria, colocó ceremoniosamente las manos sobre los hombros del joven y le dijo con fingida solemnidad:

-Esto merece un beso -pero al acercar su rostro al de su amado, lo retiró impulsivamente, y esta vez con auténtica gravedad le dijo:- ¿Has bebido, Jorge?

-Sólo unos traguitos, querida. Verás; los muchachos quisieron celebrar mi ascenso... Tú comprendes... No podía desairarlos. "Te juro que es la primera vez que lo hago... y fueron sólo unos traguitos"

-Que casi te ocasionan un lamentable accidente -concluyó ella. Luego de una pausa un tanto embarazosa, la joven se acercó a él, reclinó amorosamente la rubia cabecita en el hombro de su novio y le habló con voz suave y cariñosa, para no herirlo:

-Querido, siempre he admirado tus bellas prendas morales y las elevadas normas que has mantenido en tus relaciones sociales. .. Te conocí y te quise como un perfecto abstemio. .. En defensa de tu hermosa personalidad y eficiencia y, para seguridad de nuestra dicha futura, te ruego que me prometas no beber más...

-¡Por el amor de Dios, Nancy! ¡Me hablas como si fuera un bebedor consuetudinario!

-No, pero escúchame, por favor. Es verdad que no todos los que beben unos traguitos llegan a ser alcohólicos consumados, pero lo triste es que no podemos predecir quiénes sabrán ejercer dominio propio, limitándose siempre a unos traguitos, y quiénes serán esclavos del vicio. Tú no sabes si esto no constituye precisamente el punto débil y vulnerable de tu personalidad, tu talón de Aquiles. Pero supongamos que no fuera ése el caso. Hay otro aspecto del asunto. Tú sabes tan bien como yo que " la persona que bebe

ocasionalmente, por el mismo hecho de no estar habituada a ello asume un tremendo riesgo para su seguridad personal, su salud futura y el bienestar de otros". Sabes perfectamente que el uso del alcohol causa la mitad de los accidentes automovilísticos y la tercera parte de las muertes de peatones...

-No prosigas, tesoro. ¡Me has hecho oír una verdadera conferencia antialcohólica. . . y tienes toda la razón del mundo en lo que has dicho! Pero, no temas. Te quiero demasiado para arriesgar tontamente nuestra felicidad; además, soy ambicioso, quiero triunfar en mi carrera y no permitiré que ni el alcohol ni otro vicio alguno me cierre las puertas del éxito.

Eran jóvenes y se amaban. A los pocos instantes charlaban alegres y optimistas, tejiendo sus dorados sueños de felicidad.

Al día siguiente su amigo Enrique tuvo una seria conversación con él.

-Tú sabes, Jorge, que "No bebo" es una de las condiciones que debe cumplir cada aspirante que quiere trabajar en esta firma, y que Mr. Wilson es inflexible en cuanto al cumplimiento de este requisito. Sabes también que la Compañía ha despedido sin contemplaciones a más de un empleado por haber tenido accidentes automovilísticos cada vez que se comprobó que dicho empleado era el culpable, porque el directorio sostiene la tesis de que una persona lo suficientemente distraída, o descuidada, o nerviosa, o temeraria, como para motivar un accidente, no posee las cualidades necesarias para representar dignamente una firma prestigiosa como ésta. Y tú ayer diste motivo para ser despedido dos veces, justamente el día cuando te hicieron poner el pie a considerable altura en la escalera del éxito. Huelgan los comentarios.

-Gracias, Enrique. Este es el segundo sermón. El primero me lo dio Nancy ayer. No olvidaré tus palabras. Eres el más leal de los amigos.

Jorge Margan siguió progresando rápidamente, porque tenía talento, iniciativa, dinamismo, don de gentes, buena presencia y otras cualidades propias del triunfador.

Sin embargo a veces, cuando le había ido excepcionalmente bien en un negocio, o cuando algún cliente importante lo convidaba con una copa, Jorge condescendía con unos traguitos. .. Después de tales ocasiones se sentía mortificado, porque se daba cuenta de que el alcohol lo atraía poderosamente y cada vez le costaba más beber sólo unos traguitos. Entonces le parecía ver una cabecita rubia reclinada en su hombro y oír una voz suave y amorosa que le preguntaba: ¿Y si éste fuera tu talón de Aquiles?

Habían pasado seis meses desde aquella tarde en que entró por primera vez en la oficina de Mr. Wilson, cuando se le comunicó nuevamente que el presidente quería hablar con él. ¡Qué contento y satisfecho hubiera encaminado sus pasos hacia la respetable oficina si no hubiera sido por el recuerdo mortificante de aquellos traguitos!

Pero en cuanto traspuso el umbral se dio cuenta de que por esta vez nada debía temer. Al verlo, Mr. Wilson se puso de pie y fue a su encuentro para saludarlo con una expresión complacida y satisfecha. Conversaron de igual a igual sobre distintos aspectos de la marcha e intereses de la firma, y por último le dio el notición: un nuevo ascenso, y esta vez tan respetable, que ahora sólo faltaba un escalón para formar parte del directorio.

Desde que no trabajaban juntos, los tres amigos no se veían todos los días, de modo que Jorge les comunicó la noticia por teléfono y se dirigió más que ligero a la casa de Nancy.

Para Jorge, huérfano de padre y madre desde hacía años, el hogar de su novia era el sitio más placentero y venturoso de la tierra, y sentía hacia la madre de la joven un cariño y respeto filiales que eran correspondidos ampliamente con sinceras demostraciones de afecto y ternura de parte de ella. Hubo mucha alegría esa tarde en aquel hogar. Después de las naturales explosiones de júbilo y los comentarios del caso, convinieron en que al día siguiente fijarían la fecha de la boda y luego los tres se dirigirían en coche a un barrio muy pintoresco en las afueras de la ciudad, donde Jorge había visto una casita preciosa, con jardín y quinta de frutales. Él le había echado el ojo porque le parecía ideal... y se vendía en condiciones ideales... Pero, naturalmente, Nancy y su madre dirían la última palabra.

La llegada de Jorge a la tarde siguiente fue precedida por un mensajero que les entregó tres cajas. Una decía encima:

"Para mamá". La Sra. de Evans la abrió. Eran rosas, bellas rosas, frescas y fragantes. Las otras dos eran para Nancy ; una contenía también hermosas flores y la otra dos espléndidos zorros plateados. La joven se los colocó graciosamente sobre los hombros y se contempló en un gran espejo que había en la sala. ¡Eran

preciosos! ¡Y qué bien lucían sobre su cuerpo esbelto! Lo mismo opinaba su madre al contemplar complacida la gentil figura y el rostro radiante de su hija. -¿Eres feliz, querida?

-¡y tan feliz, madrecita! Feliz por mí y por ti.

Fue a sentarse sobre el brazo del sillón que su madre ocupaba; la besó con tierna devoción y, acariciando la nevada cabellera, prematuramente encanecida, le expresó los sentimientos de amor y gratitud que henchían su corazón.

-Siempre fui dichosa a tu lado. Tus largos años de viudez han significado una constante lucha para proporcionarme lo mejor en cuanto a educación, ambiente y oportunidades. Pero ahora te esperan días mejores, porque la próspera situación de Jorge nos permitirá ofrecerte el descanso y algunas de las satisfacciones que te fueron vedadas en tu vida de abnegación y sacrificio en favor de tu hija.

Estaban las dos abrazadas y conmovidas cuando entró Jorge. Las besó a las dos. Luego sacó un estuche del bolsillo, lo abrió parsimoniosamente, tomó la blanca mano de su novia y en silencio y con gran ceremonia le deslizó una hermosa sortija en el dedo anular. Luego la volvió a besar. Entonces rompieron los tres a reír liberando así la intensa emoción que los dominaba. Ofrecían un cuadro encantador esa madre venerable y amante y esos dos jóvenes hermosos, rebosantes de salud, pletóricos de vida y entusiasmo, unidos los tres por un amor noble y puro y mirando hacia el porvenir con optimismo y legítimas esperanzas.

Mientras las dos mujeres traían de la cocina las tortas y pasteles, masas y demás manjares preparados ex profeso por sus hábiles manos para la ocasión, Jorge se dirigió al automóvil y regresó con una botella de champagne que colocó sobre la mesa junto a los manjares. Nancy lo miró con el mayor desconcierto pintado en el rostro:

-¿Champagne, Jorge? ...

-No me mires con esa carita de ángel asustado, tesoro. Comprende, el champagne es tradicional para las grandes ocasiones, algo así como un símbolo de alegría y buenos augurios. Quería que brindáramos por nuestro amor y felicidad, y parecía raro brindar con agua y soda. Vamos..., sólo un traguito.

La Sra. de Evans sonrió con tolerancia... El muchacho respiraba entusiasmo por todos los poros; era una alegría tan desbordante la suya, que bien merecía un poco de condescendencia por esta vez... La madre levantó la copa y brindó, humedeciendo apenas los labios en el líquido espumoso. Nancy la imitó. Jorge, en cambio, apuró de un solo aliento el contenido de su copa. Después de comer y conversar y reír animadamente, Jorge les dijo:

-y ahora apresúrense. Es mejor que lleven algún abrigo porque volveremos tarde y hará frío al anochecer. Las espero en el coche.

Mientras madre e hija se dirigían a sus dormitorios en busca de los abrigos, Jorge se dispuso a salir, pero, de repente, miró las copas que ellas dejaran intactas, llenas del líquido tentador y, sin detenerse a razonar, se bebió el contenido de ambas; y como aún no se oyeran los pasos descendiendo por la escalera, volvió a llenar una copa y bebió apresuradamente. Se dirigió luego al automóvil y empezó a tocar la bocina.

Pronto estuvieron los tres ubicados en el asiento delantero y emprendieron alegres el paseo.

Nuestros lectores saben perfectamente que una persona cuya sangre contiene el 1,5 a 2 por mil de alcohol no está en condiciones favorables para conducir un vehículo, y que tres vasos de champagne proporcionan sobradamente esa cantidad. Jorge Morgan experimentaba una beatífica pero traidora sensación de bienestar, tranquilidad y confianza propia. . . Nancy notó sorprendida que su novio imprimía una imprudente velocidad al vehículo y salvaba las curvas con temeraria rapidez. Además estaba exageradamente locuaz y eufórico: cantaba, silbaba, decía chistes que festejaba él mismo con sonoras carcajadas... Al principio la Sra. de Evans había celebrado con maternal tolerancia las excesivas manifestaciones de júbilo del joven, pero ahora su sonrisa se iba convirtiendo en una mueca estereotipada, y los ojos iban adquiriendo una expresión de mal disimulado temor. . . En cada curva contenía el aliento y luego volvía a respirar aliviada.

La inquietud y la alarma de Nancy iban en aumento. Varias veces miró a su novio como interrogándolo; y en dos o tres ocasiones posó con firmeza una mano sobre su brazo pidiéndole que guiara con más prudencia.

-No te asustes, chiquita... ¿No conoces acaso mi pericia de conductor? Lo que pasa es que ardo en impaciencia por llegar a la casita para que puedan examinarla detenidamente, a la plena luz del sol. -y diciendo esto, apretó más el acelerador.

Por la misma carretera, y en la misma dirección que llevaban nuestros amigos, marchaba a velocidad moderada un camión, tipo chatita, conducido por un hombre joven, evidentemente un agricultor que, a juzgar por los cajones y cestos vacíos, regresaba sin apuro ni preocupaciones después de haber vendido en la ciudad los productos de su granja. Sentada junto a él iba una linda nena, rubia como los trigales maduros y sonrosada como la aurora. Sus rizos sueltos resplandecían bajo los rayos del sol. En los brazos apretaba con maternal solicitud una muñeca primorosamente vestida y casi tan grande como ella. Por momentos contemplaba con éxtasis a su muñeca, y charlaba feliz y contenta con su padre, en cuyo rostro también podía leerse la sana alegría de una jornada satisfactoriamente cumplida.

Como es fácil suponer, Jorge iba alcanzando y dejando atrás a todos los vehículos que viajaban en la misma dirección, anunciándose con insolentes y nerviosos toques de bocina, como si fuera un coche de la ambulancia o de la policía. "Ya estaba a corta distancia del camioncito, cuando una dolorosa revelación iluminó la mente de Nancy con la repentina y fulminante nitidez de un rayo: ¡la botella de champagne y las copas que ellas dejaron intactas sobre la mesa... Jorge las había bebido, sin duda, cuando ellas subieron al dormitorio! ¡Jorge estaba ebrio! El pánico se apoderó de ella... Debía hacer algo y pronto; pero al mismo tiempo debía obrar con cautela... Ella sabía que el alcohol altera la personalidad del individuo.

-Jorge, tú sabes cuánto me gusta manejar. ¿Me permites el volante un rato?

¡Pero ya era tarde! Nuestros lectores saben que los accidentes ocurren en un instante, en un abrir y cerrar de ojos. No requieren el tiempo que se necesita para describirlos.

Cuando el conductor de la chatita oyó el sonido estridente de la bocina y vio ese auto que se acercaba con la velocidad de un bólido, viró su vehículo prontamente hacia el borde de la carretera. Pero ocurrió que en sentido contrario venía otro automóvil y los tres coincidieron en una curva..., y como Jorge Morgan había perdido en gran parte la debida coordinación muscular y la lúcida apreciación de las distancias, los tres vehículos se encontraron violentamente al mismo tiempo en el mismo sitio. .. El choque fue espantoso. . . Se oyó un horripilante chirriar de frenos y el estrépito de cristales rotos mezclados con ayes de espanto y dolor... El camioncito volcó hacia afuera del camino, y los otros dos vehículos se aplastaron como acordeones.

En pocos momentos el lugar del siniestro estaba rodeado de autos y motocicletas de la policía y coches de la ambulancia.

Como una grotesca ironía de la suerte, el responsable de la espantosa tragedia fue el único que resultó completamente ileso; y, como sucede a menudo, la gran conmoción sufrida le disipó como por arte de magia los efectos del alcohol, de modo que pudo apreciar con entera lucidez la magnitud del desastre, fruto de su imprudencia...

Un empleado de la policía lo sometió en seguida al análisis de sangre: 1,8 por mil de alcohol. Allí, acompañado del agente que lo vigilaba, tuvo que sufrir la tortura de presenciar todas las medidas y procedimientos para auxiliar a las víctimas, sin que se le permitiera ayudar en nada...

Sólo cuando, removiendo los escombros, levantaron la delicada figura de su novia y la acostaron en una camilla mientras gemía débilmente a cada movimiento, fue tan grande la desesperación del joven que el agente, movido a compasión, le permitió acercarse y permanecer junto a ella. El rostro de Nancy estaba blanco como un papel y se contraía dolorosamente, pero al verlo, le sonrió con infinita dulzura. El corazón de Jorge se contrajo de dolor, como si fuera a romperse.

-¿Cómo estás, amor? ¿Qué tienes? ¿Estás herida?

-No sé. . . Las piernas..., Me duelen las piernas horriblemente. . . Pero ya pasará. . . ¿Y mamá? ¿Cómo está mamá?

-Está... bien... Quédate quieta, no te muevas, querida... Mamá está bien...

Jorge hacía un esfuerzo sobrehumano para hablar; tenía la boca terriblemente seca y una palidez cadavérica iba cubriendo su rostro mientras intentaba tranquilizar a Nancy e impedir que se incorporara y viera cómo iban recogiendo los miembros mutilados del cadáver de su madre. ¡Esa madre valiente, amorosa y abnegada a quien él soñaba resarcir de los afanes y sinsabores de sus largos años de lucha, proporcionándole días serenos y felices en lo futuro! ¡Siquiera le hubiera tocado a él morir en su lugar! Pero no, ése hubiera sido un castigo demasiado piadoso...

Felizmente Nancy había perdido el conocimiento... Mientras tanto Jorge vio cómo el granjero se incorporaba lentamente con ayuda de un enfermero y, después de pasarse la mano por la cara y recuperar

la conciencia de lo que había ocurrido, empezaba a buscar con impaciente angustia el cuerpo de su hijita... Vio cómo extraían de debajo del camión la forma inanimada de la criatura, que aún tenía apretada la muñeca contra su pecho. Vio cómo el padre acercaba ansiosamente su oído al pecho infantil y, al comprobar que el tierno corazón había dejado de latir, rompía en sollozos convulsivos mientras alzaba su cuerpecito entre sus brazos. La rubia cabellera circundaba como un abanico de oro la cabecita que colgaba hacia atrás.

Sin duda la policía y la asistencia pública trabajaban con la habitual rapidez y eficiencia que revelan en tales casos; pero a Jorge Morgan le pareció que habían pasado muchas, muchas horas hasta que abandonaron el lugar y le permitieron acompañar a Nancy, desfalleciente y lívida, hasta el sanatorio donde sería atendida. De allí lo trasladaron al departamento de policía.

Mientras esperaba su turno, se dejó caer sobre una silla, deshecho física y moralmente, abrumado por los más sombríos pensamientos, y permaneció allí, la viva imagen de la derrota, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza oculta entre las manos... hasta que alguien lo sacudió vigorosamente... Su amigo Enrique estaba a su lado mirándolo con infinita compasión y simpatía.

-¿Qué ha sucedido, Jorge?

-¡Todo, todo ha sucedido, Enrique; todo lo peor que puedes imaginar! -le contestó fijando en el fiel amigo su mirada patética- ¡Oh, amigo mío! ¡Si hubiera tomado más en serio tus consejos y la amonestación de Nancy! Pensé beber sólo unos traguitos. . . Pero en ese momento el licor diabólico pareció atraerme con fuerza irresistible. . . y bebí más de la cuenta. Y ahora me ves: por mi culpa varias personas están muertas, y entre ellas la madre de Nancy... Perdido mi empleo, y yo empeñando hasta lo que no tengo para indemnizar los daños causados ... ¡Y algunos daños que nunca podré indemnizar! ¡Siquiera se salvara Nancy! Creo que tiene las piernas fracturadas... ¡ojalá se salve! ¡empezaré de nuevo, me rehabilitaré, lucharé con más tesón y entusiasmo que nunca para hacerme perdonar y hacerla feliz!

Durante los varios días penosos que siguieron, Alberto y Enrique se turnaron para acompañar y alentar a su amigo en los trances rigurosos que le tocó afrontar. Alberto, por su parte, se sentía acosado por amargos remordimientos por haber sido él quien lo incitó a beber la primera copa. En cuanto a Jorge, aceptó con valor e hidalguía las sanciones, tanto de la justicia como de la compañía donde trabajara. Por encima de todo lo abatía la incertidumbre en cuanto a la condición de Nancy.

-Temo que sea más grave de lo que creí al principio -les decía a sus amigos- Los médicos son muy reticentes en sus informes. . . Que no me aflija. Que ella va reaccionando bien. Que tendrán que someterla a una intervención quirúrgica cuando esté más repuesta de la tremenda conmoción sufrida...

Ni él, ni sus amigos, ni las amigas de ella, habían podido hablar con la joven. Sólo les permitían verla unos breves momentos a través de los cristales de la ventana que daba al corredor. Nancy los miraba cariñosamente y les sonreía con su dulce y amable sonrisa...

Y llegó el día de la operación. Su íntimo y fiel amigo Enrique estuvo a su lado durante las interminables y lentas horas de espera. ¡Cuántos centenares de veces recorrió a grandes pasos ese corredor, frente a la sala de operaciones! ¡Cuántas decenas de veces Enrique lo tomó del brazo y lo obligó a sentarse un momento para descansar!... ¡Y cuántos temas de conversación introdujo para distraerlo, sin resultado alguno, porque cada vez se daba cuenta de que eran monólogos reflejados por las paredes!...

De repente -¡al fin! -se abrió la puerta y apareció el cirujano en compañía de los médicos que lo secundaron. Jorge se precipitó a su encuentro.

-Sr. Morgan, seréne. Todo ha ido bien. Se hizo cuanto se pudo y lo único que se podía hacer. La Srta. Evans ha demostrado extraordinario valor y serenidad. Su organismo sano y fuerte le ha permitido resistir con éxito la operación y le permitirá reponerse rápidamente. Por supuesto, contamos con la entereza, el amor, la sabiduría y la solicitud de Ud. para que ella pueda salvar airosamente la penosa prueba que le espera. La cooperación de Ud. será insustituible en estos momentos. Estamos seguros de que Ud. sabrá infundirle el valor y el deseo de vivir que ella necesitará en forma apremiante.

El discurso misterioso del facultativo iba cayendo como plomo en el corazón de Jorge. . . ¿Qué significaban todas estas advertencias? ¿Qué le auguraban?

-Sí, doctor, por supuesto que sí -balbuceó- Pero ahora... ¿puedo verla?

-Aún no ha despertado. Podrá verla cuando pasen conduciéndola a su habitación, si promete contenerse y no hablarle ni tocarla.

Ya oía el rodar de la camilla. .. Enrique, presa de sombríos presentimientos tomó fuertemente del brazo a su amigo. Una enfermera abrió la puerta. . . Al verlos, llevó el dedo a los labios imponiendo silencio. Sus ojos revelaban una profunda pena. . . y apareció la cabecera de la camilla. .. El bello rostro de Nancy aparecía blanco y sereno como una figura de cera, como un delicado y fino camafeo, los párpados cerrados, las largas pestañas sombreando las ojeras azules. Jorge contempló el rostro amado con el corazón henchido de ternura y devoción. .. La camilla avanzaba lentamente. Vio que el pecho de la joven se movía con ritmo regular al impulso de la respiración. "¡Gracias, Dios mío!", murmuró. Sus ojos recorrieron toda la inmóvil figura... y se quedaron como petrificados, desmesuradamente abiertos de espanto y desesperación... La sábana que cubría el cuerpo de la joven caía perpendicularmente a la altura de las rodillas... ¡ Las dos piernas habían sido amputadas!

Jorge se volvió lentamente hacia la pared. .. Un grito desgarrador brotó de su garganta como un alarido que se deshizo luego en sollozos convulsivos que sacudían sus hombros, mientras médicos y enfermeras, profundamente conmovidos, se apresuraban a alejar de ahí la inmóvil figurita.

-¡Nancy, oh Nancy! -clamaba entre sollozos entrecortados-, ¡yo te causé esto, esto, ESTO!

¿Qué podía hacer su amigo sino llorar con él? ¿Existían acaso palabras que pudieran aliviar tan tremendo y lacerante dolor?

Joven lector, cuídate de los primeros traguitos.

"El vino es engañoso", dice el sabio Salomón. y agrega: "No mires al vino cuando rojea, y resplandece su color en el vaso. .. Entrase suavemente, mas al fin morderá como serpiente, y como basilisco traerá dolor".